

Sigmund Freud

Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17 [1915-17]).

Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse

23ª conferencia.

Los caminos de la formación de síntoma

Señoras y señores: A juicio de los legos, los síntomas constituyen la esencia de la enfermedad; para ellos, la curación equivale a la supresión de los síntomas. Al médico le importa distinguir entre los síntomas y la enfermedad, y sostiene que la eliminación de aquellos no es todavía la curación de esta. Pero, tras eliminarlos, lo único aprehensible que resta de la enfermedad es la capacidad para formar nuevos síntomas. Situémonos provisionalmente, por eso, en el punto de vista del lego, y supongamos que desentrañar los síntomas equivale a comprender la enfermedad.

Los síntomas -nos ocupamos aquí, desde luego, de síntomas psíquicos (o psicógenos) y de enfermedades psíquicas- son actos perjudiciales o, al menos, inútiles para la vida en su conjunto; a menudo la persona se queja de que los realiza contra su voluntad, y conllevan displacer o sufrimiento para ella. Su principal perjuicio consiste en el gasto anímico que ellos mismos cuestan y, además, en el que se necesita para combatirlos. Si la formación de síntomas es extensa, estos dos costos pueden traer como consecuencia un extraordinario empobrecimiento de la persona en cuanto a energía anímica disponible y, por tanto, su parálisis para todas las tareas importantes de la vida. Dado que en este resultado interesa sobre todo la cantidad de energía así requerida, con facilidad advierten ustedes que «estar enfermo» es en esencia un concepto práctico. Pero si se sitúan en un punto de vista teórico y prescinden de estas cantidades, podrán decir perfectamente que todos estamos enfermos, o sea, que todos somos neuróticos, puesto que las condiciones para la formación de síntomas pueden pesquisarse también en las personas normales.

Ya sabemos que los síntomas neuróticos son el resultado de un conflicto que se libra en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional. Las dos fuerzas que se han enemistado vuelven a coincidir en el síntoma; se reconcilian, por así decir, gracias al compromiso de la formación de síntoma. Por eso el síntoma es tan resistente; está sostenido desde ambos lados. Sabemos también que una de las dos partes envueltas en el conflicto es la libido insatisfecha, rechazada por la realidad, que ahora tiene que buscar otros caminos para su satisfacción. Si a pesar de que la libido está dispuesta a aceptar otro objeto en lugar del denegado {frustrado} la realidad permanece inexorable, aquella se verá finalmente precisada a emprender el camino de la regresión y a aspirar a satisfacerse dentro de una de las organizaciones ya superadas o por medio de uno de los objetos que resignó antes. En el camino de la regresión, la libido es cautivada por la fijación que ella ha dejado tras sí en esos lugares de su desarrollo.

Ahora bien, el camino de la perversión se separa tajantemente del de la neurosis. Si estas regresiones no despiertan la contradicción del yo, tampoco sobrevendrá la neurosis, y la libido alcanzará alguna satisfacción real, aunque no una satisfacción normal. Pero el conflicto queda planteado si el yo, que no sólo dispone de la conciencia,

sino de los accesos a la inervación motriz y, por tanto, a la realización de las aspiraciones anímicas, no presta su acuerdo a estas regresiones. La libido es como atajada y tiene que intentar escapar a algún lado: adonde halle un drenaje para su investidura energética, según lo exige el principio de placer. Tiene que sustraerse del yo. Le permiten tal escapatoria las fijaciones dejadas en la vía de su desarrollo, que ahora ella recorre en sentido regresivo, y de las cuales el yo, en su momento, se había protegido por medio de represiones {suplantaciones}. Cuando en su reflujó la libido inviste estas posiciones reprimidas, se sustrae del yo y de sus leyes; pero al hacerlo renuncia también a toda la educación adquirida bajo la influencia de ese yo. Era dócil mientras la satisfacción le aguardaba; bajo la doble presión de la frustración {denegación} externa e interna, se vuelve rebelde y se acuerda de tiempos pasados que fueron mejores. He ahí su carácter, en el fondo inmutable. Las representaciones sobre las cuales la libido trasfiere ahora su energía en calidad de investidura pertenecen al sistema del inconciente y están sometidas a los procesos allí posibles, en particular la condensación y el desplazamiento {descentramiento}. De esta manera se establecen constelaciones semejantes en un todo a las de la formación del sueño. El sueño genuino, el que quedó listo en el inconciente y es el cumplimiento de una fantasía inconciente de deseo, entra en una transacción con un fragmento de actividad (pre)conciente; esta, que ejerce la censura, permite, lograda la avenencia, la formación de un sueño manifiesto en calidad de compromiso. Del mismo modo, la subrogación de la libido en el interior del inconciente tiene que contar con el poder del yo preconciente. La contradicción que se había levantado contra ella en el interior del yo la persigue {nachgeben} como «contrainvestidura» y la fuerza a escoger una expresión que pueda convertirse al mismo tiempo en la suya propia. Así, el síntoma se engendra como un retoño del cumplimiento del deseo libidinoso inconciente, desfigurado de manera múltiple; es una ambigüedad escogida ingeniosamente, provista de dos significados que se contradicen por completo entre sí. Sin embargo, en este último punto ha de reconocerse una diferencia entre la formación del sueño y la del síntoma, pues en el caso del primero el propósito preconciente se agota en la preservación del dormir, en no dejar que penetre en la conciencia nada que pueda perturbarlo; de ningún modo consiste en oponerle un rotundo «¡No, al contrario!» a la moción de deseo inconciente. Puede mostrarse más tolerante porque la situación del que duerme está menos amenazada. Por sí solo, el estado del dormir bloquea la salida a la realidad.

Como ustedes ven, la escapatoria de la libido bajo las condiciones del conflicto es posibilitada por la preexistencia de fijaciones. La investidura regresiva de estas lleva a sortear la represión y a una descarga -o satisfacción- de la libido en la que deben respetarse las condiciones del compromiso. Por el rodeo a través del inconciente y de las antiguas fijaciones, la libido ha logrado por fin abrirse paso hasta una satisfacción real, aunque extraordinariamente restringida y apenas reconocible ya. Permítanme agregar dos observaciones acerca de este resultado final. Consideren, en primer lugar, cuán íntimamente aparecen ligados aquí la libido y el inconciente, por una parte, y el yo, la conciencia y la realidad, por la otra, si bien al comienzo en manera alguna se copertenecen; en segundo lugar, tengan presente esto: todo lo dicho aquí y lo que se diga en lo que sigue se refiere exclusivamente a la formación de síntoma en el caso de la neurosis histérica.

Ahora bien, ¿dónde halla la libido las fijaciones que le hacen falta para quebrantar las represiones? En las prácticas y vivencias de la sexualidad infantil, en los afanes parciales abandonados y en los objetos resignados de la niñez. Hacia ellos, por tanto,

reverte la libido. La importancia de este período infantil es doble: por un lado, en él se manifestaron por primera vez las orientaciones pulsionales que el niño traía consigo en su disposición innata; y en segundo lugar, en virtud de influencias externas, de vivencias accidentales, se le despertaron y activaron por vez primera otras pulsiones. No cabe duda, creo, de que tenemos derecho a establecer esta bipartición. La exteriorización de las disposiciones innatas no ofrece asidero a ningún reparo crítico. Ahora bien, la experiencia analítica nos obliga sin más a suponer que unas vivencias puramente contingentes de la infancia son capaces de dejar como secuela fijaciones de la libido. No veo ninguna dificultad teórica en esto. Las disposiciones constitucionales son, con seguridad, la secuela que dejaron las vivencias de nuestros antepasados; también ellas se adquirieron una vez: sin tal adquisición no habría herencia alguna. ¿Y puede concebirse que ese proceso de adquisición que pasa a la herencia haya terminado justamente en la generación que nosotros consideramos? Suele restarse toda importancia a las vivencias infantiles por comparación a las de los antepasados y a las de la vida adulta; esto no es lícito; al contrario, es preciso valorarlas particularmente. El hecho de que sobrevengan en períodos en que el desarrollo no se ha completado confiere a sus consecuencias una gravedad tanto mayor y las habilita para tener efectos traumáticos. Los trabajos de Roux y otros sobre la mecánica evolutiva nos han mostrado que el pinchazo de una aguja en un germen en proceso de bipartición celular tiene como consecuencia una grave perturbación del desarrollo. Ese mismo ataque infligido a la larva o al animal ya crecido se soportaría sin que sobreviniera daño.

La fijación libidinal del adulto, que hemos introducido en la ecuación etiológica de las neurosis como representante del factor constitucional, se nos descompone ahora, por tanto, en otros dos factores: la disposición heredada y la predisposición adquirida en la primera infancia. Sabemos que un esquema contará seguramente con la simpatía de los estudiantes. Resumamos entonces el juego de las relaciones en un esquema:  
(Ver nota)

Causación de la neurosis = Predisposición por fijación libidinal + Vivenciar accidental (traumático) [del adulto]

Constitución sexual (Vivenciar prehistórico)                      Vivenciar infantil

(Ver nota)

La constitución sexual hereditaria nos brinda una gran diversidad de disposiciones, según que esta o aquella pulsión parcial, por sí sola o en unión con otras, posea una fuerza particular. La constitución sexual forma con el vivenciar infantil otra «serie complementaria», en un todo semejante a la que ya conocimos entre predisposición y vivenciar accidental del adulto. Aquí como allí hallamos los mismos casos extremos y las mismas relaciones de subrogación. En este punto no podemos menos que plantearnos una pregunta: la más llamativa de las regresiones libidinales, la que vuelve a

etapas más tempranas de la organización sexual, ¿no está condicionada predominantemente por el factor constitucional hereditario? Pero tenemos que posponer la respuesta hasta que hayamos considerado una serie más amplia de las formas de contraer neurosis.

Detengámonos ahora en el siguiente hecho: «la indagación analítica muestra que la libido de los neuróticos está ligada a sus vivencias sexuales infantiles. Así parece conferir a estas una importancia enorme para la vida de los seres humanos y las enfermedades que contraen. Y la siguen poseyendo, incólume, en lo que concierne al trabajo terapéutico. Pero si prescindimos de las tareas que este plantea, advertimos con facilidad que nos amenaza aquí el peligro de un malentendido que podría extraviarnos haciendo que centrásemos la vida con excesiva unilateralidad en la situación neurótica. Es que a la importancia de las vivencias infantiles debemos restarle lo siguiente: la libido ha vuelto a ellas regresivamente después que fue expulsada de sus posiciones más tardías. Y esto nos sugiere con fuerza la inferencia recíproca, a saber, que las vivencias libidinales no tuvieron en su momento importancia alguna, y sólo la cobraron regresivamente. Recuerden ustedes que ya habíamos considerado una alternativa de esta clase en la elucidación del complejo de Edipo.

Tampoco esta vez nos resultará difícil zanjar la cuestión. Es indudablemente correcta la observación de que la investidura libidinal -y por tanto la importancia patógena- de las vivencias infantiles ha sido reforzada en gran medida por la regresión de la libido. Pero caeríamos en un error si viésemos en esta lo único decisivo. Aquí es preciso dejar sitio a otras consideraciones.

En primer lugar, la observación muestra, fuera de toda duda, que las vivencias infantiles tienen una importancia que les es propia y que ya han probado en los años de la niñez. Es que también existen neurosis infantiles en las que el factor del diferimiento temporal desempeña necesariamente un papel muy reducido o falta por completo, pues la enfermedad se contrae como consecuencia directa de las vivencias traumáticas. El estudio de estas neurosis infantiles nos precave de caer en más de un peligroso malentendido acerca de las neurosis de los adultos, así como los sueños de los niños nos han dado la clave para comprender los de los adultos (ver nota). Y bien; las neurosis de los niños son muy frecuentes, mucho más de lo que se supone. A menudo no se las ve, se las juzga signos de maldad o de malas costumbres y aun son sofrenadas por las autoridades encargadas de la crianza. No obstante, viéndolas retrospectivamente desde algún momento posterior siempre es fácil individualizarlas. En la mayoría de los casos se presentan en la forma de una histeria de angustia. El significado de esto lo averiguaremos en otra oportunidad. Si en períodos más tardíos de la vida estalla una neurosis, el análisis revela, por lo general, que es la continuación directa de aquella enfermedad infantil quizá sólo velada, constituida sólo por indicios. Pero, como dijimos, hay casos en los que esa neurosis infantil prosigue sin interrupción alguna como un estado de enfermedad que dura toda la vida. Todavía no hemos podido analizar sino unos pocos ejemplos de neurosis infantiles en el propio niño -en su estado de neurosis actuales- (ver nota); mucho más a menudo debimos conformarnos con que una enfermedad contraída en la vida adulta nos permitiera inteligir con posterioridad la neurosis infantil de esa persona. Y en tales casos no pudimos omitir ciertas correcciones ni ciertos recaudos.

En segundo lugar, debemos admitir que sería inconcebible que la libido regresase {regredieren} con tanta regularidad a las épocas de la infancia si ahí no hubiera nada que pudiera ejercer una atracción sobre ella. Y en efecto, la fijación que suponemos en determinados puntos de la vía del desarrollo sólo cobra valor si la hacemos consistir en la inmovilización de un determinado monto de energía libidinosa.

Por último, puedo hacerles presente que entre la intensidad e importancia patógena de las vivencias infantiles y la de las más tardías hay una relación de complementariedad semejante a la de las series antes estudiadas. Hay casos en que todo el peso de la causación recae en las vivencias sexuales de la infancia; en ellos, estas impresiones ejercen un seguro efecto traumático y no necesitan de otro apoyo que el que puede ofrecerles la constitución sexual promedio y su inmadurez. Junto a estos, hay otros en que todo el acento recae sobre los conflictos posteriores, y la insistencia en las impresiones de la infancia, según la revela el análisis, aparece enteramente como la obra de la regresión; vale decir, tenemos los extremos de la «inhibición del desarrollo» y de la «regresión» y, entre ellos, todos los grados de conjugación de ambos factores.

Estas circunstancias poseen cierto interés para una pedagogía que se proponga precaver las neurosis mediante una intervención temprana en el desarrollo sexual del niño. Si se atiende preponderantemente a las vivencias sexuales infantiles, no puede menos que pensarse que se lo ha hecho todo para la profilaxis de las enfermedades nerviosas cuando se ha velado por que ese desarrollo se posponga y se le ahorren al niño vivencias de esa clase. Pero ya sabemos que las condiciones de la causación son complicadas en el caso de las neurosis, y es imposible influir sobre ellas tomando en cuenta un factor único. El riguroso resguardo de los niños pierde valor porque es impotente frente al factor constitucional; además, su ejecución es más difícil de lo que creen los educadores, y trae aparejados dos nuevos peligros nada despreciables: que consiga demasiado, vale decir, que favorezca una represión sexual desmedida en el niño, la cual resultará después dañina, o bien que lo lance al mundo inerme frente al asedio de los requerimientos sexuales que le sobrevendrán en la pubertad (ver nota). Por eso sigue siendo sumamente dudoso cuanto pueda avanzarse con ventaja en la profilaxis de la infancia, y si un cambio de actitud frente al estado actual no prometería un mejor punto de abordaje para precaver las neurosis.

Volvamos ahora a los síntomas. Crean, entonces, un sustituto para la satisfacción frustrada; lo hacen por medio de una regresión de la libido a épocas anteriores, a la que va indisolublemente ligado el retroceso a estadios anteriores del desarrollo en la elección de objeto o en la organización. Hace mucho que sabemos que el neurótico quedó adherido a algún punto de su pasado (ver nota), ahora nos enteramos de que en ese período su libido no echaba de menos la satisfacción, y él era dichoso. Busca entonces a lo largo de toda su biografía hasta hallar una época así, aunque para ello tenga que retroceder hasta su período de lactancia, tal como lo recuerda o tal como se lo imagina en virtud de incitaciones más tardías. El síntoma repite de algún modo aquella modalidad de satisfacción de su temprana infancia, desfigurada por la censura que nace del conflicto, por regla general volcada a una sensación de sufrimiento y mezclada con elementos que provienen de la ocasión que llevó a contraer la enfermedad. La modalidad de satisfacción que el síntoma aporta tiene en sí mucho de extraño. Prescindamos de que es irreconocible para la persona, que siente la presunta satisfacción más bien como un sufrimiento y como tal se queja de ella. Esta mudanza es parte del conflicto psíquico bajo cuya presión debió formarse el síntoma. Lo que otrora

fue para el individuo una satisfacción está destinado, en verdad, a provocar hoy su resistencia o su repugnancia. Conocemos un modelo trivial, pero instructivo, de ese cambio de actitud. El mismo niño que ha mamado con avidez la leche del pecho materno suele manifestar años más tarde una fuerte renuencia a beber leche, que los encargados de su crianza tienen dificultades para vencer. Esta renuencia crece hasta la repugnancia cuando la leche, o la bebida en que ella está mezclada, se halla cubierta de nata. No puede desecharse, quizá, que esta nata convoque el recuerdo del pecho materno, tan ardientemente anhelado antaño. Es verdad que en tanto se tuvo la vivencia del destete, de efecto traumático.

Hay todavía algo más que hace que los síntomas nos parezcan asombrosos e incomprensibles como medio de la satisfacción libidinosa. En manera alguna nos recuerdan nada de lo que solemos normalmente esperar de una satisfacción. Casi siempre prescinden del objeto y resignan, por tanto, el vínculo con la realidad exterior. Entendemos esto como una consecuencia del extrañamiento respecto del principio de realidad, y del retroceso al principio de placer. Empero, es también un retroceso a una suerte de autoerotismo ampliado, como el que ofreció las primeras satisfacciones a la pulsión sexual. Remplazan una modificación del mundo exterior por una modificación del cuerpo; vale decir, una acción exterior por una interior, una acción por una adaptación, lo cual a su vez corresponde a una regresión de suma importancia en el aspecto filogenético. Lo comprenderemos sólo en conexión con una novedad que todavía han de proporcionarnos las indagaciones analíticas sobre la formación de síntoma. Recordemos, además, que en esta han cooperado los mismos procesos inconcientes que contribuyen a la formación del sueño: la condensación y el desplazamiento. Al igual que el sueño, el síntoma figura algo como cumplido: una satisfacción a la manera de lo infantil; pero por medio de la más extrema condensación esa satisfacción puede comprimirse en una sensación o inervación únicas, y por medio de un extremo desplazamiento puede circunscribirse a un pequeño detalle de todo el complejo libidinoso. No es extraño que también nosotros tengamos muchas veces dificultades para individualizar en el síntoma la satisfacción libidinosa que sospechamos y que en todos los casos corroboramos.

Les anuncié que nos enteraríamos aún de algo nuevo; es, en realidad, algo que sorprende y confunde. Como ustedes saben, por el análisis de los síntomas tomamos conocimiento de las vivencias infantiles en que la libido está fijada y desde las cuales se crean los síntomas. Bien; lo sorprendente reside en que estas escenas infantiles no siempre son verdaderas. Más aún: en la mayoría de los casos no lo son, y en algunos están en oposición directa a la verdad histórica. Ya ven ustedes: este descubrimiento es más apto que cualquier otro para desacreditar al análisis, que nos ha llevado hasta él, o bien a los enfermos, sobre cuyas manifestaciones se construye el análisis así como toda la comprensión de las neurosis. Si las vivencias infantiles que el análisis saca a la luz fueran reales en todos los casos, tendríamos la sensación de movernos en terreno seguro; si por regla general estuvieran falseadas, si se revelaran como inventos, como fantasías de los enfermos, tendríamos que abandonar este suelo movedizo y ponernos a salvo en otro. Pero no es ni una cosa ni la otra; puede demostrarse que la situación es esta: las vivencias infantiles construidas en el análisis, o recordadas, son unas veces irrefutablemente falsas, otras veces son con certeza verdaderas, y en la mayoría de los casos, una mezcla de verdad y falsedad. Los síntomas son, entonces, ora la figuración de vivencias que realmente se tuvieron y a las que puede atribuirse una influencia sobre la fijación de la libido, ora la figuración de fantasías del enfermo, impropias desde luego

para cumplir un papel etiológico. Es difícil orientarse aquí. Un primer punto de apoyo lo hallamos quizás en un descubrimiento parecido, a saber: los recuerdos infantiles aislados que, desde siempre y antes de todo análisis, los hombres han llevado en su interior con conciencia pueden estar igualmente falseados o, al menos, mezclar mucho lo verdadero con lo falso. En estos casos no es difícil probar la falsedad, y ello nos proporciona al menos la tranquilidad de que el culpable de este inesperado desengaño no es el análisis, sino que de alguna manera lo son los enfermos.

Tras breve reflexión comprendemos con facilidad lo que tanto nos confunde en este estado de cosas. Es el menosprecio por la realidad, el descuido por la diferencia entre ella y la fantasía. Tentados estamos de ofendernos por el hecho de que los enfermos nos hayan ocupado con unas historias inventadas. A nosotros nos parece que la realidad difiere inconmensurablemente de la invención, y la apreciamos de una manera por entero diversa. Por lo demás, este mismo punto de vista es el que adopta también el enfermo en su pensamiento normal. Cuando él nos presenta aquel material que, por detrás de los síntomas, lleva hasta las situaciones de deseo calcadas de las vivencias infantiles, al comienzo no podemos menos que dudar sobre si se trata de realidades o de fantasías. Más tarde, ciertas señales nos permitirán decidirlo, y se nos planteará la tarea de hacérselo conocer al enfermo. Pero ello en ningún caso se logra sin dificultades. Si de entrada le revelamos que está a punto de traer a la luz las fantasías con que ha encubierto su historia infantil, que son como las sagas que los pueblos crean acerca de su historia olvidada, notamos contrariados que desaparece repentinamente su interés por continuar el tema. También él quiere conocer realidades y desprecia todas las «imaginaciones». Pero si hasta finiquitar esta parte del trabajo le hacemos creer que nos dedicamos a explorar los hechos reales de su infancia, corremos el riesgo de que más tarde nos reproche habernos equivocado y se ría de nuestra aparente credulidad. Durante largo tiempo, no comprenderá nuestro designio de equiparar fantasía y realidad y de no preocuparnos al comienzo por saber si esas vivencias infantiles que han de explicarse son lo uno o lo otro. No obstante, es evidentemente la única actitud correcta frente a estas producciones del alma. También ellas poseen una suerte de realidad: queda en pie el hecho de que el enfermo se ha ocupado de esas fantasías, y difícilmente ese hecho tenga menor importancia para su neurosis que si hubiera vivenciado en la realidad el contenido de sus fantasías. Ellas poseen realidad psíquica, por oposición a una realidad material, y poco a poco aprendemos a comprender que en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva.

Entre los acontecimientos que siempre retornan en la historia juvenil de los neuróticos, que no parecen faltar nunca, hay algunos de particular importancia; juzgo que merecen destacarse. Como ejemplos de este género, les enumero: la observación del comercio sexual entre los padres, la seducción por una persona adulta y la amenaza de castración. Sería un error suponer que nunca les corresponde una realidad material; al contrario, muchas veces la compulsión entre parientes mayores permite comprobar su realidad fuera de toda duda. Así, no es nada raro que un muchacho se tome la mala costumbre de jugar con su miembro sin saber que es preciso ocultar esos manejos, y los padres o las personas encargadas de su crianza lo amenacen con cortarle el miembro o la mano pecadora. Preguntados, los padres a menudo confiesan que con ese amedrentamiento creen haber hecho algo conveniente; muchos hombres tienen un recuerdo conciente verídico de esa amenaza, en particular si la recibieron en años un poco más tardíos. Si es la madre o una persona del sexo femenino quien la formula, suele achacar su ejecución al padre o al... médico. En el famoso Struwwelpeter de Hoffman, el pediatra de

Francfort, cuyo libro debe su popularidad justamente a la comprensión que muestra de los complejos sexuales y otros de la infancia, hallan ustedes a la castración morigerada y sustituida por el corte del pulgar como castigo a un chupeteo obstinado. Pero es sumamente improbable que los niños reciban la amenaza de castración con tanta frecuencia como aparece en los análisis de los neuróticos. Nos resulta suficiente comprender las cosas del siguiente modo: el niño se compone esa amenaza sobre la base de indicios, ayudado por su saber de que la satisfacción autoerótica está prohibida, y bajo la impresión de su descubrimiento de los genitales femeninos.

Tampoco está excluido en modo alguno que, aun en familias no proletarias, el niño pequeño, al que no se le atribuye ninguna comprensión ni memoria, sea testigo de un acto sexual entre los padres u otros adultos, y no debe descartarse que pueda comprender con posterioridad esta impresión y reaccionar frente a ella. Pero cuando ese acto es descrito con unos detalles precisos que difícilmente podrían observarse, o cuando se lo presenta (y así sucede con notable frecuencia) como ejecutado desde atrás, *more ferarum* [a la manera de los animales], no queda ninguna duda de que esta fantasía se apuntala en la observación del comercio sexual entre animales (perros) y su motivo es el insatisfecho placer de ver {Schaulust} del niño en los años de la pubertad. El producto más extremo de esta índole es, por último, la fantasía de haber observado el coito entre los padres cuando, todavía no nato, se estaba en el seno materno.

Particular interés presenta la fantasía de la seducción, aunque sólo sea porque a menudo no es una fantasía, sino un recuerdo real. Pero, afortunadamente, no lo es con tanta frecuencia como lo sugerirían a primera vista los resultados del análisis. La seducción por niños mayores o de la misma edad es, con mucho, más frecuente que la seducción por adultos, y si en el caso de las niñas que acusan este hecho en su historia infantil el padre aparece con bastante regularidad como el seductor, no son dudosos ni l~naturaleza fantástica de esta inculpación ni el motivo que constriñe a ella (ver nota). Con la fantasía de la seducción, cuando no la ha habido, el niño encubre {decken} por regla general el período autoerótico de su quehacer sexual. Se ahorra la vergüenza de la masturbación fantaseando retrospectivamente, para estas épocas más tempranas, un objeto anhelado. No crean ustedes, por lo demás, que los abusos sexuales cometidos contra las niñas por sus parientes masculinos más próximos pertenecen por entero al reino de la fantasía. La mayoría de los analistas habrán tratado casos en que esas relaciones fueron reales y pudieron comprobarse inobjetablemente; sólo que correspondían a años más tardíos de la infancia y se atribuyeron a una época anterior.

No se tiene otra impresión sino que tales hechos de la infancia son de alguna manera necesarios, pertenecen al patrimonio indispensable de la neurosis. Si están contenidos en la realidad, muy bien; si ella no los ha concedido, se los establece a partir de indicios y se los completa mediante la fantasía. El resultado es el mismo, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponda mayor participación a la fantasía o a la realidad. De nuevo, lo que tenemos aquí no es sino una de las tan a menudo mencionadas relaciones de complementariedad; en verdad, es la más extraña de todas las que hemos conocido. ¿De dónde vienen la necesidad de crear tales fantasías y el material con que se construyen? No cabe duda de que su fuente está en las pulsiones, pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido. Tengo pronta una respuesta para esto, y sé que les parecerá atrevida. Opino que estas fantasías primordiales -así las llamaría, junto a algunas otras-



son un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible que todo lo que ¡hoy nos es contado en el análisis como fantasía -la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)- fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. Una y otra vez hemos dado en sospechar que la psicología de las neurosis ha conservado para nosotros de las antigüedades de la evolución humana más que todas las otras fuentes (ver nota).

Señores: Las cosas que hemos elucidado en último término nos fuerzan a considerar con mayor detenimiento la génesis y la importancia de aquella actividad del espíritu llamada «fantasía» (ver nota). Como a ustedes les consta, goza de universal estima, sin que se esté en claro acerca de su posición dentro de la vida del alma. Sobre ella puedo decirles lo siguiente. Saben ya que el yo del hombre es educado poco a poco para apreciar la realidad y para obedecer al principio de realidad por influencia del apremio exterior. En ese proceso tiene que renunciar de manera transitoria o permanente a diversos objetos y metas de su aspiración de placer -no sólo sexual-. Pero siempre es difícil para el hombre la renuncia al placer; no la lleva a cabo sin algún tipo de resarcimiento. Por eso se ha reservado una actividad del alma en que se concede a todas estas fuentes de placer resignadas y a estas vías abandonadas de la ganancia de placer una supervivencia, una forma de existencia que las emancipa del requisito de realidad y de lo que llamamos «examen de realidad» (ver nota). Toda aspiración alcanza enseguida la forma de una representación de cumplimiento; no hay ninguna duda de que el demorarse en los cumplimientos de deseo de la fantasía trae consigo una satisfacción, aunque el saber de que no se trata de una realidad permanezca intacto. Por tanto, en la actividad de la fantasía el hombre sigue gozando de la libertad respecto de la compulsión exterior, esa libertad a la que hace mucho renunció en la realidad. Ha conseguido, en continua alternancia entre lo uno y lo otro, seguir siendo un animal en busca de placer, para convertirse después siempre, de nuevo, en un ser racional. Es que no le basta la magra satisfacción que puede arrancar a la realidad. «Esto no anda sin construcciones auxiliares», dijo una vez Theodor Fontane (ver nota). La creación del reino de la fantasía dentro del alma halla su cabal correspondiente en la institución de «parques naturales», de «reservas», allí donde los reclamos de la agricultura, el comercio y la industria amenazan alterar velozmente la faz originaria de la Tierra hasta volverla irreconocible. El parque natural conserva ese antiguo estado que en todos los otros lugares se sacrificó, con pena, a la necesidad objetiva. Ahí tiene permitido pulular y crecer todo lo que quiera hacerlo, aun lo inútil, hasta lo dañino. Una reserva así, sustraída del principio de realidad, es también en el alma el reino de la fantasía.

Las producciones de la fantasía más conocidas son los llamados «sueños diurnos», de los que ya hemos hablado: unas satisfacciones imaginadas de deseos eróticos, de ambición y de grandeza, que florecen con tanto más exuberancia cuanto más llama la realidad a moderarse o a ser paciente. La dicha de la fantasía muestra en ellos su esencia de manera inequívoca: de nuevo la ganancia de placer se hace independiente de la aprobación de la realidad. Sabemos que esos sueños diurnos son el núcleo y los modelos de los sueños nocturnos. Estos, en el fondo, no son sino sueños diurnos que se han vuelto utilizables por la liberación que durante la noche experimentan las mociones pulsionales, y que son desfigurados por la forma nocturna de la actividad anímica. Ya

nos hemos familiarizado con la idea de que no necesariamente los sueños diurnos son concientes; existen también sueños diurnos inconcientes. Estos últimos son la fuente tanto de los sueños nocturnos cuanto ... de los síntomas neuróticos (ver nota).

La comunicación que sigue les aclarará la importancia de la fantasía para la formación de síntoma. Hemos dicho que en el caso de la frustración la libido invierte regresivamente las posiciones que había abandonado, pero a las que quedó adherida con ciertos montos. No tenemos que retractarnos de ello ni corregirlo, pero sí intercalar un eslabón intermedio. ¿Cómo encuentra la libido el camino hacia esos lugares de fijación? Bien; todos los objetos y orientaciones de la libido resignados no lo han sido todavía por completo. Ellos o sus retoños son retenidos aún con cierta intensidad en las representaciones de la fantasía. La libido no tiene más que volver a las fantasías para hallar expedito desde ellas el camino a cada fijación reprimida. Estas fantasías gozan de cierta tolerancia, y no se llega al conflicto entre ellas y el yo, por grandes que sean las oposiciones, mientras se observe una determinada condición. Es una condición de naturaleza cuantitativa, infringida ahora por el reflujo de la libido a las fantasías. Por este aflujo la investidura energética de las fantasías se eleva tanto que ellas se vuelven exigentes, desarrollan un esfuerzo, orientado hacia la realización. Ahora bien, esto hace inevitable el conflicto entre ellas y el yo. Si antes fueron preconcientes o concientes, ahora son sometidas a la represión por parte del yo y libradas a la atracción del inconciente. Desde las fantasías ahora inconcientes, la libido vuelve a migrar hasta sus orígenes en el inconciente, hasta sus propios lugares de fijación.

La retirada de la libido a la fantasía es un estadio intermedio del camino hacia la formación de síntoma, que me rece sin duda una denominación particular. Jung acuñó para ella el nombre muy apropiado de introversión, pero le dio también, impropriamente, otras significaciones (ver nota). Por nuestra parte, nos atenemos a esto: La introversión designa el extrañamiento de la libido respecto de las posibilidades de la satisfacción real, y la sobreinvestidura de las fantasías que hasta ese momento se toleraron por inofensivas. Un introvertido no es todavía un neurótico, pero se encuentra en una situación lábil; al menor desplazamiento de fuerzas se verá obligado a desarrollar síntomas, a menos que haya hallado otras salidas para su libido estancada. El carácter irreal de la satisfacción neurótica y el descuido de la diferencia entre fantasía y realidad ya están, en cambio, determinados por la permanencia en el estadio de la introversión.

Sin duda han notado ustedes que en las últimas elucidaciones he introducido un nuevo factor en la ensambladura del encadenamiento etiológico: la cantidad, la magnitud de las energías que entran en juego; y por cierto tenemos que considerarlo en todas partes. No nos basta con un análisis puramente cualitativo de las condiciones etiológicas. O, para expresarlo de otro modo: una concepción meramente dinámica de estos procesos anímicos es insuficiente; hace falta todavía el punto de vista económico. No podemos menos que decirnos lo siguiente: el conflicto entre dos aspiraciones no estalla antes que se hayan alcanzado ciertas intensidades de investidura, por más que preexistieran las condiciones de contenido. De igual manera, la importancia patógena de los factores constitucionales depende de cuánto más de una pulsión parcial respecto de otra esté presente en la disposición; y aun podemos imaginar que las disposiciones de todos los seres humanos son de igual género en lo cualitativo, y sólo se diferencian por estas proporciones cuantitativas. No menos decisivo es el factor cuantitativo para la capacidad de resistencia a contraer una neurosis. Interesa el monto de libido no aplicada que una persona puede conservar flotante, y la cuantía de la fracción de su libido que es

capaz de desviar de lo sexual hacia las metas de la sublimación. La meta final de la actividad del alma, que en lo cualitativo puede describirse como aspiración a la ganancia de placer y a la evitación de displacer, se plantea, para la consideración económica, como la tarea de domeñar los volúmenes de excitación (masas de estímulo) que operan en el interior del aparato anímico y de impedir su estasis generadora de displacer (ver nota).

Es todo cuanto quería decirles acerca de la formación de síntoma en las neurosis. Pero no dejaré de destacarlo expresamente otra vez: Todo lo dicho aquí se refiere sólo a la formación de síntoma en el caso de la histeria. Ya en el caso de la neurosis obsesiva hallamos -conservándose lo fundamental- muchas cosas diferentes. Las conrainvestiduras frente a las exigencias pulsionales, de las que también hablamos a raíz de la histeria, pasan al primer plano en la neurosis obsesiva y, por medio de las llamadas «formaciones reactivas», dominan el cuadro clínico. Divergencias similares, e incluso más profundas, descubrimos en el caso de las otras neurosis, respecto de las cuales bajo ningún aspecto han concluido nuestras indagaciones sobre los mecanismos de la formación de síntoma.

Antes de dejarlos por hoy, me gustaría reclamar la atención de ustedes un momento aún para un aspecto de la vida de la fantasía que es digno del más universal interés. Existe, en efecto, un camino de regreso de la fantasía a la realidad, y es. . . el arte. Al comienzo, el artista es también un introvertido, y no está muy lejos de la neurosis. Es constreñido por necesidades pulsionales hiperintensas; querría conseguir honores, riqueza, fama y el amor de las mujeres. Pero le faltan los medios para alcanzar estas satisfacciones. Por eso, como cualquier otro insatisfecho, se extraña de la realidad y trasfiere todo su interés, también su libido, a las formaciones de deseo de su vida fantaseada, desde las cuales se abre un camino que puede llevar a la neurosis. Tienen que conjugarse toda una serie de circunstancias para que no sea este el desenlace de su desarrollo; y es bien conocida la frecuencia con que justamente los artistas padecen de una inhibición parcial de su productividad, provocada por neurosis. Es probable que su constitución incluya una vigorosa facultad para la sublimación y una cierta flojera de las represiones decisivas para el conflicto. Ahora bien, he aquí el modo en que el artista encuentra el camino de regreso a la realidad. Por cierto, no es el único que lleva una vida fantaseada. El reino intermedio de la fantasía es admitido por acuerdo universal de los hombres, y todo desposeído espera hallar en él alivio y consuelo. Pero en los que no son artistas, la ganancia de placer extraída de las fuentes de la fantasía es muy restringida. La inflexibilidad de sus represiones los fuerza a contentarse con los mezquinos sueños diurnos que todavía son autorizados a devenir concientes. Ahora bien, cuando alguien es un artista genuino, dispone de algo más. Se las ingenia, en primer lugar, para elaborar sus sueños diurnos de tal modo que pierdan lo que tienen de excesivamente personal y de chocante para los extraños, y para que estos puedan gozarlos también. Además, sabe atenuarlos hasta el punto en que no dejen traslucir fácilmente su proveniencia de las fuentes prohibidas. Por otro lado, posee la enigmática facultad de dar forma a un material determinado hasta que se convierta en copia fiel de la representación de su fantasía y, después, sabe anudar a esta figuración de su fantasía inconciente una ganancia de placer tan grande que en virtud de ella las represiones son doblegadas y canceladas, al menos temporariamente. Y si puede obtener todo eso, posibilita que los otros extraigan a su vez consuelo y alivio de las fuentes de placer de su propio inconciente, que se les habían hecho inaccesibles; así obtiene su agradecimiento y su

admiración, y entonces alcanza por su fantasía lo que antes lograba sólo en ella: honor, poder, y el amor de las mujeres (ver nota).